

## APUNTES CRÍTICOS



«DE MI PAÍS», POR D. CARMELO DE ECHEGARAY

Cuando tuve noticia de que se había publicado un libro de D. Carmelo Echegaray, con prólogo del P. Fray Eustoquio Uriarte, hube de exclamar: libro de Echegaray con prólogo del P. Uriarte *miel sobre hojuelas*. No era absolutamente gratuito este mi modo de discurrir. Del P. Uriarte, prematuramente perdido para las letras y música pátrias, conocía lo bastante para que mi juicio acerca de él, no estuviera enteramente vacío de fundamento. Los trabajos publicados en *La Ilustración Musical* de Barcelona y la Revista *La Ciudad de Dios* en los que tan profunda como atinadamente trató de diversos puntos, los más musicales llamaron, desde luego, la atención de quienes se consagran al estudio de la parte literaria del arte de Mozart, de Rossini y de Wagner, augurándole un distinguido y eminente puesto entre los más serios cultivadores del género que apuntamos.

Como todas las inteligencias jóvenes, hallábase poseído del espíritu de reforma que rayaba en adoración, pero aquellas tendencias reformadoras, estaban templadas por el razonamiento reflexivo, propio de los génius maduros y asentados. Estudió la influencia del romanticismo en la música con admirable criterio, valiéndole un lauro en certamen público; sus cartas á D. José María Esperanza y Sola sobre la tan decantada ópera española, están llenas de oportunas observaciones y marcan un rumbo que de seguirse podría dar algún resultado práctico; el *Tratado teórico-práctico* de canto gregoriano, quizá algo recargado de conceptos profundos para obra destinada á servir de guía para el estudio, es una clarísima muestra de sus conocimientos estéticos; la viva polémica sostenida sobre la restauración del mismo

canto, pasará siempre como una de las más brillantes defensas y apología del arte que inmortalizó Gregorio el Magno; el discurso pronunciado en el Congreso Católico de Sevilla y que trata de las cualidades que debe reunir el canto litúrgico será en todo tiempo testimonio elocuente é irrefragable del saber del malogrado Agustino. Paso por alto otras muchas obras que dió á luz á fin de que no haga demasiado decaida y desmayada la lectura de estas líneas, pero lo dicho bastará á probar la razón que me asistía al suponerle dominado por el espíritu de reforma. ¡Lástima grande que su temprana muerte haya privado al arte y literatura musical de uno de sus más ardientes é ilustrados adalides! Él con Pedrell, Bretón y otros hubiera hecho que nuestra olvidada ilación y nuestra no menos olvidada música ocupara un puesto honroso y envidiable en las esferas del divino arte.

Hablo aquí del P. Uriarte para consagrarle éste corto recuerdo de mi admiración como á hermano de nuestras provincias, y para que sea como muestra de lo mucho que de él podía esperarse, si la Providencia, en sus ocultos designios, no nos le hubiera arrebatado cuando el arte patrio columbraba un porvenir risueño, en sus futuras producciones.

De Echegaray, mis noticias son todavía más abundantes y preciosas. Conocía yo todo cuanto escribió desde que hizo sus primeras armas, componiendo poesías en lengua euskara, hasta sus trabajos posteriores que han acabado de completar su fama, y siempre le tuve en el merecido concepto que de derecho le corresponde. Las producciones de Echegaray son de las que se leen sin que jamás decaiga el ánimo ni el interés siempre palpitante se pierda. Pero antes de entrar en otro linaje de consideraciones, quiero apuntar en este lugar, siquiera sea de pasada, un detalle digno de atención.

De un dómine de la cuerda de aquellos que sentaban como principio de educación é instrucción el aforismo de que *la letra con sangre entra*, se refiere que tenía por costumbre leer algunos trozos de obras de escritores celebrados y preguntaba después á sus discípulos por el nombre del autor. Esto lo hacía como prueba y experimento del trillado axioma que se explica en retórica de que *el estilo es el hombre*. Tengo para mí, que á cualquiera que se le pusiese á prueba de ese experimento con las obras de Echegaray, saldría airoso de su empeño. Es tal el relieve y forma que da á sus producciones, tal la fisonomía especial con que las sella y graba, que leerlas y decir «*está obra*

*es de Echegaray*» es una misma cosa. Y esto no tanto por el estilo de sus escritos como por la abundancia, opulencia, si se quiere, de erudición de que aparecen llenas sus páginas. Puede decirse á boca llena de él que ha leído mucho, muchísimo, pero con fruto, con labor de industriosa abeja que escoge las flores más perfumadas, de más rara esencia y fragante aroma.

Rinde Echegaray fervoroso y apasionado culto al nunca bastante ponderado Menendez Pelayo, y apenas hay escrito en que no le cite con delicado tino y apropiado criterio. Y se comprende. Hay en nuestros actos psíquicos cierta tendencia á apropiarnos de las ideas de otros y en cierto modo á compenetrarnos de ellas. Esta tendencia é inclinación de nuestro espíritu es mayor todavía cuanto más exacto sea el parecido, más perfecta la analogía de pensamiento entre nuestro modo de sentir y el de aquel en quien como en imágen y espejo verdadero, nos vemos copiados y retratados á nosotros mismos. Claro que este entusiasmo de imitación le tienen otros muchos, pero ordinariamente es imitación falsa y artificial, motivada tan solo por el prurito de singularizarse y el de aparecer igualados con la figura que refleja ese espejo en donde se miran. Afirmar esto último de Echegaray sería suma imprudencia. Si tanto calor y entusiasmo siente por esa gloria nacional es (y perdóneme su modestia) porque *de hecho* hay algún contacto, analogía y relación entre el escritor montañés y el bascongado.

El analizar los talentos, discutir su mérito así absoluto como relativo, obra es que pide una observación atenta y continuada; pero así como en las obras de la naturaleza como en las de arte, la perfección primero se inicia y después se consume, asemejándose ya en sus primeros lineamentos á lo que últimamente se presenta bajo una forma acabada, por aventurado no se tendrá si afirmamos que lo hecho hasta ahora por Echegaray es como un toque de perfección, una como línea rudimentaria, una clarísima prueba de lo mucho que tenemos derecho á esperar de él.

Y ya que de su erudición hablo, no será ocioso decir que todo lo mejorcito y más escogido que en literatura han producido esos grandes hombres á quienes apellidamos sabios y titulamos genios los conoce y aun los sabe de coro. Macaulay, Manzoni, Lamartine y Taine, Fr. Luis de León y Santa Teresa, Thierry y Flores *ut de cæteris sileam* son para él gente de casa y como á tales los tiene bien

estudiados y conocidos. Esto hace, que quieres que no, le salgan á cada paso al encuentro, forzándole á que cite sus nombres y copie sus palabras. En cualquiera de nosotros, ese prurito de catalogar nombres de escritores y de trasladar sus frases y sentencias, sería un alarde de pedantería y de mal gusto, pero en él que no necesita de esas artes para escribir con esa *rara avis* que llamamos originalidad, es una prueba más de su claro talento y de su lectura variada y escogida.

Después de leído lo que llevo escrito, pudiera alguien suponer que escribo de encargo, desempeñando de *claque*. Pero nadie podrá motejarme de esta debilidad si le advierto que no me mueve á ello, ni la amistad con Echegaray, que no la tengo, ni el deseo de que su gloria se acreciente, pues quien ganada la tiene no necesita que nadie se la dé. Diré más. En alguna ocasión, he censurado su modo de pensar por no estar conformes sus apreciaciones con las mías con respecto á determinados puntos, y este es el único favor que me debe y yo el único mérito que cuento para con él.

Un poco largueta habrá parecido la digresión que hago, pero porque ella ha de servirme de base y como de lugar común para hablar de la nueva obra del Sr. Echegaray, me he parado en las anteriores consideraciones. Un buen número de los artículos que comprende el libro, no todos, los había leído antes de ahora. Desde luego se conoce que el señor Echegaray sabe mucho, y si bien sabe de todo, sus noticias son todavía más preciosas sobre asuntos históricos. La obra, que da á luz, no es de mera historia. Aparte sus elucubraciones acerca de esta materia, está llena la obra de curiosas notas críticas; pinta las costumbres del país basco, su cultura, sus diversiones, y por todo esto interesa doblemente. Pero así hable de historia como de literatura, de las costumbres como de la cultura, aparece el de siempre: el coloso de la erudición. ¿Querráse decir por esto que el libro pierda en interés? ¡Libreme Dios que tal cosa se dijera! Perdería, si aquella innumerable lista y relación de escritores sólo fuera informe montón de nombres colocados y puestos á la ventura y al azar; mas citados de la discreta manera que él lo hace, no cabe duda que dan á la obra cierta variedad y marcado valor. Sin embargo, y esto lo digo en términos generales, yo preferiría que cuando se trata de describir, por ejemplo, las danzas bascongadas, se prescindiera de todo ese artificioso detalle, y dando rienda suelta á la imaginación, se colorase y adornase con tintas más vivas el cuadro que se presenta. Ahora, si como parece hacerlo el

señor Echegaray se quiere penetrar más en el fondo de la cosa, si se van á analizar sus condiciones estéticas, etc., entonces bien está que se apele á todos esos recursos.

Curiosísimos datos incluye referentes al país bascongado como aquel de si cuando murió Legazpi era viudo y sin hijos. Bien ha hecho en darlos á conocer. Yo pensaba hacer uso de estos últimos, perdiéndolos de prestado por supuesto, en mi monografía de Zumarraga, en la que tracé á grandes rasgos la biografía del conquistador del perdido archipiélago filipino, pero me contenté con menos. El porqué se lo diría á Echegaray, si conmigo estuviera aquí *vis á vis* y

Cosas veredes.... (Echegaray)

Que farán hablar las piedras.

En cosas de historia, hay que confesarlo, no hay quien vaya á la mano con Echegaray. Todo lo sabe, hasta lo más oscuro é intrincado, y con tal exquisito gusto lo adoba y condimenta que no hay que pedir más. Sueña con el advenimiento de un historiador que reuna esa suma inmensa de materiales que cuenta nuestra raza para componer una historia que podría ser el asombro de las presentes y futuras edades, y cual otro Diógenes, linterna en mano, parece discurrir por todas partes, buscando lo que no halla. Y digo yo ¿no podría ser él quien con tamaña empresa se cargara? Es joven, tiene conocimiento de la historia de su país cual ninguno, aptitudes le sobran ¿para qué, pues, andarse devanando los sesos?

De los asuntos históricos paso á los criticos, de los que hay también una buena copia en el libro. No es su critica, á la manera de aquellas que se suelen hacer como de compromiso frías, insípidas, recargadas de ditirambos, y que nada dicen ni enseñan. Penetra en lo más fondo é íntimo de los afectos del escritor, citándole á un examen de conciencia, y después de hecho esto, analiza aquellos afectos y sentimientos, haciendo que pasen por el crisol de los eternos é inmutables principios que rigen en materia crítica. Con tan singular procedimiento que nos hace formar la ilusión de que leemos á Macaulay, están hechas las críticas de las obras de Iztueta; Arzac, Azkue y otros. Ya que he citado á Iztueta, no quiero desaprovechar la ocasión tan oportuna que se me presenta para decir que no siento como el señor Echegaray, con respecto á Lardizabal, de quien habla en el citado artículo. Cree que este escritor no poseía la facilidad y garbo de Iztueta en el manejo del idioma bascongado. La circunstancia de haber publicado hace

poco todavía, una biografía del benemérito sacerdote zaldiviano, me ha picado un tantillo el amor propio al leer semejante aserto, y ya que la ocasión se presenta, que ni pintada, voy á permitirme decir algo.

Ciertamente que si se compara el estilo de ambos escritores, es más fluido y suelto el de Iztueta, pero la razón de esta diferencia es obvia. No es lo mismo escribir sobre un punto que sobre otro. Materias hay que su misma índole permite al escritor que proceda con más desembarazo y libertad, otras por el contrario que le atan y cohiben; un cuadro de costumbres, por ejemplo, ofrece espacioso campo, donde el escritor puede anchamente lucir y desenvolver sus facultades; también los hechos más culminantes de la historia patria son materia abonada para ello; pero siempre es más difícil llenar aquellas condiciones cuando el asunto de por sí es ingrato. Y ésta es, á mi modo de ver, la razón capital de la diferencia de estilo que observa el señor Echegaray entre los citados escritores. Donde Iztueta ostenta mejor las cualidades de que habla el autor del libro, es en la descripción de las costumbres bascongadas; en cambio si hubiera tomado sobre sí el trabajo de escribir la historia del antiguo y nuevo Testamento como lo hizo Lardizabal, y concretidose á referir los hechos sin dar entrada á comentarios ni fábulas, estoy en lo cierto que no hubiera hecho más de lo que hizo supaisano.

Por lo demás, digo lo que el prologuista. Que el lector pase á más sabrosas pláticas, que en abundancia le ofrece el libro, que bastante habré desvirtuado yo con estas superficiales reflexiones, el valor de los asuntos tan hermosa como ricamente tratados.

Y como última palabra diré que ya tiene en prensa el señor Echegaray otros dos libros y en preparación otros varios. Entre los primeros está un tomo que ha de completar la obra de D. Pablo Gorosabel. Ganas tengo de que la den por terminada, pues ha de ofrecer materia abundantísima para un trabajo. Y nada más por ahora acerca de esa producción. De los demás, libros que anuncia, hay que esperar que sean manjar regalado, como todo lo de Echegaray.

IGNACIO BELÁUSTEGUI, *Pbro.*

1.º de Mayo de 1901.